

El comunismo en España

Mito, pueblo y revolución

Andreu Navarra

El comunismo en España

Mito, pueblo y revolución

CÁTEDRA

La historia de...

Colección dirigida por Ricardo García Cárcel

1.ª edición, 2024

Diseño de cubierta: INGenius

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Andreu Navarra, 2024
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
Depósito legal: M. 34.457-2023
I.S.B.N.: 978-84-376-4727-2
Printed in Spain

ÍNDICE

PRÓLOGO. Un fantasma recorre España	11
CAPÍTULO PRIMERO. El comunismo desembarca en España	19
CAPÍTULO 2. «Un puñado de tipos medio anarquistas». El PCE alocado de la etapa bullejista (1925-1932)	27
CAPÍTULO 3. El comunismo español durante la Segunda Repú- blica (1931-1936)	43
CAPÍTULO 4. El PCE durante la guerra civil (1936-1939)	75
CAPÍTULO 5. Los años cuarenta: exilio y tensiones internas	115
CAPÍTULO 6. Los años cuarenta en el interior. Guerrilla y repre- sión. Quiñonismo y monzonismo	135
CAPÍTULO 7. Uribe y Carrillo	187
CAPÍTULO 8. Los tiempos cambian: Semprún, Claudín y Pra- dera	205
CAPÍTULO 9. La Transición: auge y desplome del PCE	243
CAPÍTULO 10. Julio Anguita	281
BIBLIOGRAFÍA	291

Ya vendrán los tiempos del Poder; esos serán para los que me sigan; con sus ventajas y sus lados feos; personalmente, prefiero estos tiempos. No me disgusta haber vivido un periodo menos brillante, más opaco, pero ¡tan limpio!

Santiago Carrillo,
El año de la peluca (1987)

PRÓLOGO

UN FANTASMA RECORRE ESPAÑA

Día 15 de octubre de 2021. Una noticia corriente en el digital presidido por Luis María Anson, *El Imparcial*. El titular reza: «Pedro Sánchez, presidente de un gobierno socialcomunista, presume de socialdemocracia». Un titular duro, aunque hay que reconocer que, tal y como está el escenario político, el cuerpo de esta noticia sobre la celebración del XL Congreso del PSOE está redactado con un tono razonable, sin insultos ni conspiranoias, aunque sí mucha crítica. Lo que nos conduce a pensar que este breve lo que se propone, más que informar sobre cambios sospechosos en los reglamentos del PSOE, es que en las redes vaya sonando cada vez más el membrete «gobierno socialcomunista». Total, que parece que todo va más de fantasmas que de comunismo.

Día 24 de enero de 2022. Pablo Iglesias, exlíder de Podemos / Unidas Podemos, ya retirado de la política activa, se queja en Twitter de que en un examen de la UNED se considere al gobierno que colideró como «socialcomunista». Sale en defensa de la Universidad a Distancia Diana Arias a través del digital *Okdiario* (24 de enero de 2022), señalando que tanto el ministro de Con-

sumo, Alberto Garzón, como la vicepresidenta del gobierno, Yolanda Díaz, forman parte de Izquierda Unida, y que por lo tanto son comunistas. Ahora bien, ¿llevan a cabo una política leninista? ¿Conspiran para derrocar a la monarquía parlamentaria española? ¿O, una vez más, se trata de colocar en las redes unos titulares tremebundos que muevan a reacciones visceralistas o poco reflexivas?

En el tremebundo libro de Federico Jiménez Losantos *La vuelta del comunismo. Su retorno al gobierno de España, las desgracias que se produjeron y los desastres que se ocasionaron* (2020) lo que más parece molestar al publicista es el ataque a la monarquía. Algo que podría muy bien colocarse en la columna del *republicanismo* y que solo desde un alarmismo excesivo podría ser calificado de *comunismo golpista*. Tampoco entiende el periodista que Iglesias y los suyos se dediquen a defender a los independentistas catalanes, a pesar de que Jiménez Losantos mismo reporte las explicaciones que sobre el tema desarrolla Iglesias, contando que él se siente *demócrata* y no *separatista* o *unionista*.

En cambio, Iglesias sí admitía ser comunista. Lo demuestra el hecho de que, siendo aún vicepresidente segundo del gobierno y ministro de Derechos Sociales y Agenda 2030, quitara hierro al asunto del «gobierno socialcomunista» e incluso ironizara sobre el fantasma. A la bancada de la derecha le soltaba: «Siento decirles que van a tener gobierno socialcomunista para rato» (20 de enero de 2020). Dos años después no se han hundido la democracia ni la monarquía ni los pilares del sistema jurídico ni judicial. Pablo Iglesias hizo mutis por la puerta de atrás y tampoco se notó demasiado. Mientras se escribe este prefacio, es secretario de Estado para la Agenda 2030 Enrique Santiago, ni más ni menos que el secretario general del PCE, que acaba de ser reelegido.

El gobierno socialcomunista ha conseguido subir el salario mínimo interprofesional y corregir o limar algunos aspectos extremos de la reforma laboral aprobada por Mariano Rajoy en 2012.

Pero es que hasta otros digitales no precisamente radicales de izquierdas han acusado a estos socialcomunistas de ser muy poco mordedores. El columnista Rafael Guijarro escribía, en el digital *El Confidencial* (14 de diciembre de 2020):

La pregunta que habría que hacerle al Presidente no es si ahora duerme bien con Iglesias en el gobierno, sino si sabe cuánta gente pasa hambre cada día en España. Las verdaderas manifestaciones además de las que sacan en la tele, son la cola de cada día de gente que espera a que le den algo de comida para no pasar tanta hambre. Cuando le insinuaron este asunto, replicó que España lleva mil días sin romperse y otros temas por el estilo. Ese modo de salir por la tangente con un discurso pretendidamente optimista, no resuelve los problemas reales.

Y es que si alguien esperaba un golpe de Estado parecido al de octubre de 1917 o una revolución como la de Asturias en 1934, pronto tuvo que verse decepcionado ante el pragmatismo evidente del nuevo gobierno.

Ya desvinculado de él, Pablo Iglesias va publicando cada muy pocos días sus columnas en la revista *CTXT*. Un vistazo a estos artículos lo confirman como un continuador de Julio Anguita y el legado de Izquierda Unida: se desconfía de la OTAN, se ataca a un PSOE demasiado escorado al centro pragmático o incluso a la derecha, se reclama la consolidación de una auténtica alternativa progresista... pero ni rastro de leninismo. Y a propósito de Lenin, Iglesias escribió un artículo titulado «Putin y Lenin» (22 de febrero de 2022) en el que leemos:

En su proclama de ayer Putin atacó a Lenin y ya les digo que el hecho de que el presidente de la Federación Rusa ataque a Lenin en un discurso que vieron millones de rusos, en el contexto de una grave tensión militar, no es un asunto baladí.

Putin cargó contra el federalismo, contra el pacifismo y contra el respeto de la plurinacionalidad propio de los bolcheviques que, al menos mientras Lenin mandaba, defendieron incluso el derecho de autodeterminación de los pueblos. Putin dijo ayer nada menos que Lenin era el arquitecto de la nación ucraniana y atacó incluso el talento geopolítico del Lenin de la paz de Brest-Litovsk. El Lenin consciente de la realidad de la correlación de fuerza militar con Alemania frente al poco racional optimismo de Bujarin y Trotsky fue, para Putin, un cobarde. Llamar a Lenin cobarde en Rusia es, para muchos rusos y para cualquier comunista, una provocación. Con una ironía innegable, Putin sugirió además que para continuar el proceso de «descomunización» de Ucrania quizá Ucrania debería desaparecer. En gramática parda castiza a esto se le llama una macarrada.

Palabras curiosas teniendo en cuenta que las autoridades rusas no cesan de llamar «nazis» a las ucranianas. Y concluye: «Putin mandó ayer al infierno cualquier mínimo reconocimiento a la política internacional soviética y adoptó sin complejos un discurso nacional-imperialista de estilo zarista. Y ciertamente eso da miedo a cualquiera». Aquí es donde hemos de disentir: el discurso de Putin suena a zarismo, pero también a estalinismo, y esto no es justo obviarlo u ocultarlo.

En cualquier caso, con olvidos interesados, por lo menos Iglesias no cae en la ingenuidad de los nostálgicos que se alinean con la deriva de Putin, siguiendo la estela espectral de la desaparecida Unión Soviética. Además, una cosa es ser marxista, y otra, ser leninista. El marxismo es una filosofía materialista que trata de enraizar el cambio histórico en la lucha de los desposeídos contra los detentadores de la propiedad, los medios de producción y los poderes políticos. El leninismo es una práctica necesariamente golpista, una intervención necesariamente antiparlamentaria. Una filosofía para la acción directa. La distinción es

fundamental: uno puede ser más o menos marxista, puede dejarse influir por esa filosofía, y seguir apoyando la democracia liberal o capitalista, siempre que se conserve un vector reformista suficiente: el marxismo es compatible con la instalación democrática. Con el leninismo (no digamos ya con el totalitarismo estalinista) la cosa ya no es tan sencilla: el leninismo es una justificación político-social del golpismo, una práctica concreta y no una especulación. Precisamente, lo veremos, desde 1977, año en que fue legalizado en España el Partido Comunista de España, este no ha acabado de encontrar su lugar central en el espectro electoral español, por haberse convertido en una formación socialdemócrata con una retórica algo más radical que la del PSOE pero en todo caso totalmente desvinculada de la conspiración revolucionaria. Lo veremos casi al final de esta historia.

Si el gobierno que preside Pedro Sánchez es, efectivamente, socialcomunista, los gobiernos socialcomunistas ya no son lo que eran. La Huelga General Revolucionaria, o la Dictadura del Proletariado, no parecen asomar por ningún lado. En cambio, sí abundan los comentaristas políticos que acusan a Podemos / Unidas Podemos de haber encauzado el malestar de la revuelta cívica conocida como 15-M y haberlo convertido en un vector inocuo.

Tampoco el 15-M fue una rebelión antisistema, como ha sido estudiado con profusión, sino la reclamación de una serie de cambios en las agendas de los partidos de izquierda. Un grito algo amenazante, pero en ningún caso un movimiento articulado para derrocar ningún régimen instituido.

La etiqueta «comunista» también va dejando atrás los matices vergonzantes que lo vinculaban a la dictadura totalitaria. La prueba es el título del libro que publicó Alberto Garzón en 2017: *Por qué soy comunista*. Un ensayo dedicado sintomáticamente a Marcos Ana y a Julio Anguita. Estas dos elecciones no pueden ser más significativas: mientras que Marcos Ana, poeta comunista que entró en la cárcel con 19 años y salió de ella con 41 en 1961,

representa la lucha contra el franquismo, Julio Anguita demostró que la praxis comunista era compatible con la defensa del constitucionalismo español. Estas son las dos coordenadas que reclama el comunismo español actual: la reivindicación de la militancia antifascista y la oposición al franquismo y la izquierda coherente capaz de ejercer el poder político sin infantilismos revolucionarios. Si alguna dirección une la política comunista defendida por Anguita y la actualización del marxismo que propone Garzón, esta clave es la lucha contra el neoliberalismo:

La conjunción de cambio tecnológico y políticas neoliberales proglobalización a partir de la década de 1980 ha convertido la vida de la clase trabajadora en una experiencia mucho más insegura y precaria. La flexibilidad se ha convertido en el concepto por excelencia en el ámbito de la producción, referida, claro está, a la flexibilidad laboral y vital (2017: 171).

Con la industria deslocalizada, nuestra sociedad produce el espejismo de una clase media boyante, pero un acercamiento más agudo nos ayuda a distinguir hasta qué punto se ha extendido el precariado entre trabajadores que no saben a qué clase pertenecen exactamente. Lo que no asoma por ningún lado es el tono amenazante de los revolucionarios de la primera mitad del siglo xx. En conclusión, podríamos afirmar que no es que el fantasma del comunismo esté recorriendo España en estos momentos, sino que muchos están viendo fantasmas en el comunismo actual español.

Y es que en este libro hablaremos de comunistas de verdad, es decir, leninistas. De cómo llegaron a España los primeros representantes de la Tercera Internacional (o Komintern), con sede en Moscú; de las escisiones y debates que generaron en el Partido Socialista Obrero Español y la CNT entre 1919 y 1921; de cómo era el primer PCE de los turbulentos años veinte; de cómo afectó

a las políticas de la Komintern la dictadura de Primo de Rivera; de cómo el PCE se opuso, en un primer momento, a la Segunda República para rectificar una vez Stalin apoyó la política de Frentes Populares; de qué papel tuvo el PCE en la revolución de 1934, la mayor en Europa desde la Revolución Rusa de 1917; del papel decisivo que desempeñó el PCE durante la guerra civil en el bando leal a la República; de cuál fue su comportamiento político convertido ya en un partido de masas; de los difíciles años en el exilio y en un interior particularmente hostil y violento; de su renacimiento en los años cincuenta y sesenta, su remodelación y legalización durante la Transición, para finalmente analizar los años ochenta y noventa, que suelen estar marginados en las historias del comunismo español pero que constituyen un período de grandes crisis y debates que nos aluden directamente.

Y hablaremos de todo ello sin olvidarnos de otras muchas formaciones comunistas que defendieron un punto de vista distinto de la política leninista: el Partit Socialista Unificat de Catalunya, representante de la Komintern en Cataluña, el Bloque Obrero y Campesino, el Partido Obrero Unificado Marxista o Bandera Roja, por citar algunos, en un intento de que este libro no sea una contribución más al estudio del PCE, que cuenta ya con excelentes historiadores, sino que trate de situar el tema en una perspectiva un poco más amplia.

Seguramente, lo más destacado de la historia del comunismo español últimamente sea la propia historia del comunismo español, que se ha normalizado y desarrollado de forma muy notable. En un solo año se han publicado dos obras imprescindibles: por una parte, la biografía de Dolores Ibárruri que ha editado Mario Amorós (Akal), con abundante material archivístico inédito, y también *Voluntarios por la revolución. La milicia internacional del POUM en la guerra civil española*, de Andy Durgan, impresionante aporte de nueva documentación para el estudio del mar-

xismo heterodoxo en su vertiente más militar. Se trata de dos obras que claramente abren nuevas posibilidades. Y no son los únicos historiadores que han dejado el estudio del comunismo español en una posición avanzada y consolidada: destacan, entre muchos otros, Fernando Hernández Sánchez, José Luis Martín Ramos, Juan Andrade, Giaime Pala o Josep Puigsech Farràs. Heredaron y continuaron el trabajo de Ángel Viñas, Antonio Elorza, Marta Bizcarrondo, Rafael Cruz o Manuel Tuñón de Lara. Además, desde 2016, la Fundación de Investigaciones Marxistas publica la revista *Nuestra Historia*. Por su parte, en Cataluña, desde 1987, la Fundación Andreu Nin se dedica a preservar la memoria de la izquierda antiestalinista.